



La Santa Sede

JUAN PABLO II

AUDIENCIA GENERAL

Miércoles 5 de abril de 1989

Ascensión: misterio anunciado

1. Los símbolos de fe más antiguos ponen después del artículo sobre la resurrección de Cristo, el de su ascensión. A este respecto los textos evangélicos refieren que Jesús resucitado, después de haberse entretenido con sus discípulos durante cuarenta días con varias apariciones y en lugares diversos, se sustrajo plena y definitivamente a las leyes del tiempo y del espacio, para subir al cielo, completando así el *"retorno al Padre"* iniciado ya con la resurrección de entre los muertos.

En esta catequesis vemos cómo Jesús anunció su ascensión (o regreso al Padre) hablando de ella con la Magdalena y con los discípulos en los días pascuales y en los anteriores a la Pascua.

2. Jesús, cuando encontró a la Magdalena después de la resurrección, le dice "No me toques, que todavía no he subido al Padre; pero vete donde mis hermanos y diles: *Subo a mi Padre y vuestro Padre, a mi Dios y vuestro Dios*" (Jn 20, 17).

Ése mismo anuncio lo dirigió Jesús varias veces a sus discípulos en el período pascual. Lo hizo *especialmente durante la última Cena*, "sabiendo Jesús que había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre..., sabiendo que el Padre le había puesto todo en sus manos y que había salido de Dios y a Dios volvía" (Jn 13, 1-3). Jesús tenía sin duda en la mente su muerte ya cercana, y sin embargo miraba más allá y pronunciaba aquellas palabras en la perspectiva de su próxima partida, de su regreso al Padre mediante la ascensión al cielo: *"Me voy a Aquel que me ha enviado"* (Jn 16, 5): *"Me voy al Padre, y ya no me veréis"* (Jn 16, 10). Los discípulos no comprendieron bien, entonces, qué tenía Jesús en mente, tanto menos cuanto que hablaba de

forma misteriosa: “Me voy y volveré a vosotros”, e incluso añadía: “Si me amarais, os alegraríais de que me fuera al Padre, porque el Padre es más grande que yo” (*Jn 14, 28*). Tras la resurrección aquellas palabras se hicieron para los discípulos más comprensibles y transparentes, como anuncio de su ascensión al cielo.

3. Si queremos examinar brevemente el contenido de los anuncios transmitidos, podemos ante todo advertir que *la ascensión al cielo constituye la etapa final de la peregrinación terrena de Cristo*, Hijo de Dios, consustancial al Padre, que se hizo hombre por nuestra salvación. Pero esta última etapa permanece *estrechamente conectada con la primera*, es decir, con su “descenso del cielo”, ocurrido en la *encarnación*. Cristo «salido del Padre» (*Jn 16, 28*) y venido al mundo mediante la encarnación, ahora, tras la conclusión de su misión, «deja el mundo y va al Padre» (cf. *Jn 16, 28*). Es un modo único de «subida», como lo fue el del “descenso”. *Solamente el que salió del Padre como Cristo lo hizo puede retornar al Padre en el modo de Cristo*. Lo pone en evidencia Jesús mismo en el coloquio con Nicodemo: “Nadie ha subido al cielo, sino el que bajó del cielo” (*Jn 3, 13*). *Sólo Él* posee la energía divina y el derecho de “subir al cielo”, nadie más. La humanidad abandonada a sí misma, a sus fuerzas naturales, no tiene acceso a esa “casa del Padre” (*Jn 14, 2*), a la participación en la vida y en la felicidad de Dios. Sólo Cristo puede *abrir al hombre este acceso*: Él, el Hijo que “bajó del cielo”, que “salió del Padre” precisamente para esto.

Tenemos aquí un primer resultado de nuestro análisis: la ascensión se integra en el misterio de la Encarnación, que es su momento conclusivo.

4. La ascensión al cielo está, por tanto, estrechamente unida a la “economía de la salvación”, que se expresa en el misterio de la encarnación, y sobre todo, *en la muerte redentora de Cristo en la cruz*. Precisamente en el coloquio ya citado con Nicodemo, Jesús mismo, refiriéndose a un hecho simbólico y figurativo narrado por el *Libro de los Números* (21, 4-9), afirma: “Como Moisés levantó la serpiente en el desierto así tiene que ser levantado (es decir crucificado), el Hijo del hombre, para que todo el que crea tenga por él vida eterna” (*Jn 3, 14-15*).

Y hacia el final de su ministerio, cerca ya la Pascua, Jesús repitió claramente que era Él el que abriría a la humanidad el acceso a la “casa del Padre” por medio de su cruz: “*cuando sea levantado en la tierra, atraeré a todos hacia mí*” (*Jn 12, 32*). La “elevación” en la cruz es el signo particular y el anuncio definitivo de otra “elevación”, que tendrá lugar a través de la ascensión al cielo. El Evangelio de Juan vio esta “exaltación” del Redentor ya en el Gólgota. La cruz es el inicio de la ascensión al cielo.

5. Encontramos la misma verdad en la *Carta a los Hebreos*, donde se lee que Jesucristo, el único Sacerdote de la Nueva y Eterna Alianza, “no penetró en un santuario hecho por mano de hombre, sino en el mismo cielo, para presentarse ahora ante el acatamiento de Dios en favor nuestro” (*Hb 9, 24*). Y entró “*con su propia sangre, consiguiendo una redención eterna*”: “penetró en el santuario una vez para siempre” (*Hb 9, 12*). Entró como Hijo “el cual, siendo resplandor de su

gloria (del Padre) e impronta de su substancia, y el que sostiene todo con su palabra poderosa, después de llevar a cabo la purificación de los pecados, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas” (*Hb 1, 3*).

Este texto de la *Carta a los Hebreos* y el del coloquio con Nicodemo (*Jn 3, 13*), coinciden en el contenido sustancial, o sea en la afirmación del valor redentor de la ascensión al cielo en el culmen de la economía de la salvación, en conexión con el principio fundamental ya puesto por Jesús: “*Nadie ha subido al cielo sino el que bajó del cielo, el Hijo del hombre*” (*Jn 3, 13*).

6. Otras palabras de Jesús, pronunciadas en el Cenáculo, se refieren a su muerte, pero en perspectiva de la ascensión: “Hijos míos, ya poco tiempo voy a estar con vosotros. Vosotros me buscaréis, y... adonde yo voy (ahora) vosotros no podéis venir” (*Jn 13, 33*). Sin embargo dice enseguida: “*En la casa de mi Padre hay muchas mansiones; si no, os lo habría dicho, porque voy a prepararos un lugar*” (*Jn 14, 2*).

Es un discurso dirigido a los Apóstoles, pero que se extiende más allá de su grupo. Jesucristo va al Padre –a la casa del Padre– para “introducir” a los hombres que sin El no podrían “entrar”. Sólo Él puede abrir su acceso a todos: Él que “bajó del cielo” (*Jn 3, 13*), que “salió del Padre” (*Jn 16, 28*) y ahora vuelve al Padre “con su propia sangre, consiguiendo una redención eterna” (*Hb 9, 12*). Él mismo afirma: “Yo soy el Camino... nadie ve al Padre sino por mí” (*Jn 14, 6*).

7. Por esta razón Jesús también añade, la misma tarde de la vigilia de la pasión: “*Os conviene que yo me vaya*”. Sí, es conveniente, es necesario, es indispensable desde el punto de vista de la eterna economía salvífica. Jesús lo explica hasta el final a los Apóstoles: “*Os conviene que yo me vaya, porque si no me voy, no vendrá a vosotros el Paráclito; pero si me voy, os lo enviaré*” (*Jn 16, 7*). Si Cristo debe poner término a su presencia terrena, a la presencia visible del Hijo de Dios hecho hombre, para que pueda permanecer de modo invisible, en virtud del Espíritu de la verdad, del Consolador-Paráclito. Y por ello prometió repetidamente: “*Me voy y volveré a vosotros*” (*Jn 14, 3. 28*).

Nos encontramos aquí ante un doble misterio: *El de la disposición eterna o predestinación divina*, que fija los modos, los tiempos, los ritmos de la historia de la salvación con un designio admirable, pero para nosotros insondable; y *el de la presencia de Cristo en el mundo humano* mediante el Espíritu Santo, santificador y vivificador: el modo cómo la humanidad del Hijo obra mediante el Espíritu Santo en las almas y en la Iglesia –verdad claramente enseñada por Jesús–, permanece envuelto en la niebla luminosa del misterio trinitario y cristológico, y requiere nuestro acto de fe humilde y sabio.

8. La presencia invisible de Cristo se actúa en la Iglesia también de modo sacramental. En el centro de la Iglesia se encuentra *la Eucaristía*. Cuando Jesús anunció su institución por vez primera, muchos “se escandalizaron” (cf. *Jn 6, 61*), ya que hablaba de Comer su Cuerpo y beber

su Sangre”. Pero fue entonces cuando Jesús reafirmó: “¿Esto os escandaliza? ¿Y cuando veáis al Hijo del hombre subir a donde estaba antes?... El Espíritu es el que da la vida, la carne no sirve para nada” (Jn 6, 61-63).

Jesús habla aquí *de su ascensión al cielo: cuando su Cuerpo terreno se entregue a la muerte en la cruz, se manifestará el Espíritu “que da la vida”*. Cristo subirá al Padre, para que venga el Espíritu. Y, el día de Pascua, el Espíritu glorificará el Cuerpo de Cristo en la resurrección. El día de Pentecostés el Espíritu sobre la Iglesia para que, renovando sobre la Iglesia para que, renovado en la Eucaristía el memorial de la muerte de Cristo, podamos participar en la nueva vida de su Cuerpo glorificado por el Espíritu y de este modo prepararnos para entrar en las “moradas eternas”, donde nuestro Redentor nos ha precedido para prepararnos un lugar en la “casa del Padre” (Jn 14, 2).

Saludos

Amadísimos hermanos y hermanas:

En el gozo pascual que nos viene de Cristo resucitado, dirijo ahora un especial saludo a todos los peregrinos y visitantes de lengua española. En particular, doy mi más cordial bienvenida a los Superiores mayores de los Legionarios de Cristo a quienes aliento en su fiel y generoso servicio ministerial mientras pido a Dios bendiga su Instituto con abundantes vocaciones para bien de la Iglesia.

Igualmente saludo a las religiosas Dominicanas de la Anunciata que hacen en Roma un curso de formación, así como a los numerosos jóvenes venidos de diversos lugares de España, en particular de Cádiz y de Lorca (Murcia).

A todas las personas, familias y grupos procedentes de los diversos países de América Latina y de España imparto con afecto la bendición apostólica.
